

SAN ENRIQUE II: EMPERADOR Y SANTO

El emperador Enrique II mantuvo la castidad hasta su muerte, y las guerras que libró tenían como único objetivo la paz, en el orden espiritual y temporal. Obtuvo victorias admirables, tanto en las luchas de su vida interior como en las batallas contra los enemigos del Estado y de la Fe. La Iglesia celebra su memoria el 13 de julio.



Editorial (13/07/2024 09:10 , Gaudium Press) En la primavera de 973 nació Enrique, primer hijo del duque de Baviera y de la princesa Gisela de Borgoña, habiendo sido bautizado por San Wolfgang, obispo de Ratisbona y Religioso benedictino. El prelado insistió en ser él mismo el padrino del niño y lo tomó bajo su cuidado.

Con tan sólo 22 años, habiendo fallecido su padre, le sucedió al frente del Ducado de Baviera. En esta ocasión falleció también Dom Wolfgang, a quien Enrique debía su sólida educación cristiana y considerado como modelo y guía.

Deseando gobernar al pueblo con firmeza, benevolencia y sabiduría, el joven duque iba a menudo a orar ante la tumba de su antiguo preceptor, pidiéndole ayuda para desempeñar perfectamente su papel. Una noche, mientras estaba allí orando, se le apareció el santo Obispo y le dijo: “Mira atentamente las letras escritas en la pared junto a mi tumba”. Enrique, sin embargo, sólo pudo leer estas palabras: “Después de las seis”. Antes de que pudiera preguntarle el significado de eso, el bendito hombre desapareció.

Seis días, seis meses, seis años...

Enrique dedujo que moriría al cabo de seis días y comenzó a prepararse para dejar esta vida, dedicándose casi exclusivamente a la oración y la penitencia. Cumplido este período y gozando de perfecta salud, pensó que se había equivocado: no serían seis días, sino seis meses...

Buscó más asiduamente los sacramentos y redobló sus obras de caridad, asumiendo un estilo de vida casi monástico. Sin embargo, los seis meses llegaron a su fin y no pasó nada. ¿Serían seis años?

El tiempo se acabó y la muerte no llegó para llevarse al duque de Baviera, sino al joven emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Otón III, que murió en Italia sin dejar descendencia.

Al conocer la noticia, Enrique recordó las enigmáticas palabras de San Wolfgang —“Después de las seis”—, reveladas hace seis años, y comprendió su significado: era el pariente más cercano del difunto soberano y, por tanto, el principal candidato a sucederlo. él en el trono imperial.

Al asumir el trono, Enrique se dedicó a conocer la situación del reino y las necesidades de sus súbditos, con diligencia y constancia, pues “las virtudes cristianas, reales y militares dan prueba de que ser un buen rey es un verdadero regalo del cielo”.

Peleas continuas

Las circunstancias de aquel período histórico y la forma en que se produjo su elección le obligaron, sin embargo, a emprender continuas luchas para mantener la estabilidad del trono que había obtenido legítimamente.

En efecto, Herman II, duque de Suabia, que pretendía tener mayor derecho al trono que Enrique, inició una lucha contra Enrique, saqueando la ciudad y la iglesia de Estrasburgo.

Antes de finalizar ese año, Herman se presentó descalzo ante el rey y, haciendo una genuflexión, le pidió perdón, comprometiéndose a ceder una abadía a la iglesia dañada, para reparar su crimen.

Unos años antes de su elección como rey de los alemanes, se había casado con Cunegunda, hija del conde de Luxemburgo, noble dama también canonizada por la Iglesia, con quien mantuvo perfecta “continencia durante todo el tiempo que duró su unión, y se dieron mutuamente los más bellos ejemplos de virtudes cristianas”.

Se puede decir que esta reina consorte verdaderamente reinó junto a su marido, ya que le ayudaba a resolver complicados asuntos judiciales con singular delicadeza.

Paz para la Santa Iglesia



Más que la unidad del reino mismo, Enrique deseaba la paz en la Santa Iglesia y utilizó su poder y autoridad para eliminar de ella cualquier factor de división.

Con la muerte del Papa Sergio IV, en 1012, esta paz estuvo en riesgo, ya que un autoproclamado antipapa Gregorio VI disputó la Cátedra de Pedro con el Papa legítimo, Benedicto VIII.

Se presentó ante el rey de Alemania en busca de refugio y apoyo. Henry prometió juzgar el caso según estricta justicia y derecho canónico. Por ello, en lugar de apoyar sus pretensiones, el rey lo declaró antipapa y le prohibió ejercer cualquier función episcopal en sus territorios.

A finales de 1013, el santo rey y su esposa se encontraron en Rávena con Benedicto VIII, quien los llevó a Roma, donde entraron con gran pompa, aplaudidos como celosos protectores de la Sede Apostólica.

Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico

El 14 de febrero de 1014, el Papa ungió y coronó a San Enrique emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, y a Santa Cunegunda, emperatriz.

El Papa había encargado que le hicieran un regalo para la ocasión: un globo de oro coronado por una cruz y decorado con dos círculos de perlas y piedras preciosas. El globo representaba el mundo; las piedras preciosas, las

virtudes con las que Enrique debía adornarse; y la cruz, la Religión de la que se había convertido en protector.

“Te mando que regreses al mundo”

Estando en Cluny, Henrique volvió a sentir en su alma la fuerza y la paz del recogimiento y del silencio. Dejó a los monjes varios tesoros, incluido el valioso regalo recibido del Soberano Pontífice, y continuó su viaje. Sin embargo, también dejó su corazón allí...

Pasaron los años y sus sentimientos religiosos crecieron. En medio de la grandeza de la corte, de las batallas y de los triunfos, el santo emperador deseaba un bien más excelso: la pobreza y soledad del monasterio.

Se dice que, decidido a abrazar verdaderamente la vida religiosa, se presentó a Ricardo, abad del monasterio de Saint Vannes, en Verdún, por quien tenía especial cariño.

Cuando se sintió cobijado por la sombra de aquellos muros benditos, hizo suyas las palabras del salmista: “Éste es el lugar de mi reposo para siempre; aquí habitaré porque yo lo elegí” (Sal 131, 14).

Expresó al religioso su deseo de abandonar la corona para servir mejor a Dios como monje. El obispo Haimon, que estaba presente, se preocupó... Llamó al abad aparte y le advirtió: “¡Si conservas a este príncipe y lo haces monje, como él desea, provocarás la ruina de todo el imperio!”

Buscando una manera de no decepcionar al emperador y, al mismo tiempo, no poner en riesgo al Sacro Imperio, el abad le preguntó si, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, obediente hasta la muerte, estaba dispuesto a hacer una promesa de obediencia. .

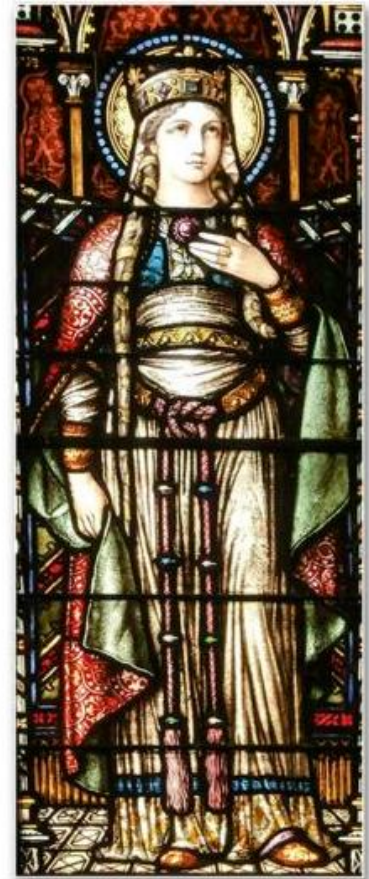
Henrique así lo hizo, diciendo que ese era el mayor deseo de su corazón. Ricardo entonces le dijo: “Bueno, ahora cumplirás mis órdenes; y os ordeno que volváis al mundo y empleéis todas vuestras fuerzas en dirigir la patria que Dios os ha confiado, y os consagréis con temblor y temor de Dios al bien de vuestros Estados”.

Enrique aceptó la prudente decisión del abad y obedeció prontamente, convencido de que de esta manera serviría mejor a Dios y a su Iglesia que viviendo en la reclusión del claustro. Sin embargo, continuó haciéndole varias visitas, muchas de ellas para pedirle consejo sobre los asuntos gubernamentales más importantes, y se convirtió en oblato benedictino.

Al servicio de la Iglesia y del imperio

Enrique y Cunegunda favorecieron el florecimiento de la religión en el vasto territorio imperial. De un extremo al otro se fundaron monasterios y se erigieron magníficas iglesias, muchas de las cuales aún existen en la actualidad. La fachada de estos templos estaba flanqueada por dos torres, símbolo de los dos poderes: la Iglesia y el imperio.

La emperatriz tenía “una rara capacidad y un refinado gusto por la construcción. Dirigió personalmente la construcción de la catedral de Bamberg y el convento de las Clarisas en Kaffungen”, donde se hizo monja al



enviudar unos años más tarde. Su piedad no era inferior a la de su santo esposo y estaba claro que compartían las mismas aspiraciones.

La vida de Henrique fue un continuo altibajo. Quien pensara que, en el cumplimiento de sus absorbentes deberes de soberano, no le quedaba tiempo para las cosas de Dios, se equivocaría.

Fue muy diligente para no dejar que su piedad debilitara y con cada victoria aumentaba su gratitud hacia Dios. Siempre dispuesto a salir al campo en defensa de la Iglesia, nunca luchó por la gloria personal. Además de la Misa diaria, hacía frecuentemente ejercicios espirituales y era muy devoto de San Benito.

Se dice que rezando un día en Monte Cassino se curó milagrosamente de una enfermedad renal.

En 1024, estando muy enfermo y sintiendo que la muerte se acercaba, reunió a su alrededor a todos los cortesanos, tomó la mano de la santa emperatriz y dijo a su familia: "He aquí la que me diste por esposa antes de Cristo; Ella me fue entregada virgen, yo la entrego virgen en manos de Dios y en las tuyas".

Poco después dictó su testamento. Como ya vivía en completo desapego de los poderes, la gloria y las riquezas de este mundo, su alma estaba lista para recibir "la corona incorruptible de gloria" (1 Ped 5, 4).

El 13 de julio de ese año cruzó el umbral de la eternidad.

Texto extraído, con adaptaciones, de Revista Arautos do Gospel n. 163, julio de 2015.